

Muerte en la bruma

Gruber se despertó. Le dolía todo. Había sido derribado después de acometer contra esas pérfidas bestias que servían a los dioses oscuros. Notaba un dolor agudo en la cabeza. Debía de ser por el golpe que le había dejado fuera de combate. Estaba boca arriba, tumbado entre los cadáveres que había dejado la batalla. Levantó un poco la cabeza para mirar alrededor. Su armadura de caballero del Sol Llameante estaba manchada de sangre y de barro. Había empezado a llover al comenzar la batalla y ahora que se fijaba la bruma se había apoderado también del campo de batalla. Decidió que ya era hora de levantarse. Tenía que saber lo que había ocurrido. Mientras se levantaba pesadamente iba recordando lo que había ocurrido antes de que cayera. Recordaba que la batalla se estaba torciendo, las bestias y servidores del caos estaban presionando mucho el centro de la línea imperial y que entonces se les había ordenado acometer por el lado derecho contra las bestias que trataban de envolver sus líneas. Entonces sonrió, pues le había vuelto a la cabeza el haber atravesado a dos de esas bestias antes de partir su lanza.

Ya estaba de pie. Ahora podía observar bien lo que había alrededor. Había algunos de los suyos tirados por la zona, pero una mayor cantidad de esas bestias. También había cuerpos de soldados rasos por alrededor. El combate debía de haberse recrudecido por esa zona de la batalla. Gruber se miró de nuevo. La lluvia iba limpiando poco a poco la sangre y el barro de su armadura. Ya iba siendo hora de coger sus cosas, pues no sabía cómo había acabado la batalla. No sabían si habían vencido o si, por el contrario, habían sido derrotados. Entonces vio su caballo. Estaba tumbado en el suelo, ya sin vida, una lanza le había atravesado el cuello. Después encontró su espada, la cual estaba atravesada en el pecho de una criatura. Gruber se acercó a la criatura inerte, pisó sobre su pecho, justo al lado de la hoja, la agarró del mango y tiró con fuerza. Ésta salió con relativa facilidad, dejando salir un reguero de sangre de la criatura. Hecho esto la envainó. Ahora tenía que buscar su escudo, el cual no podía andar lejos. Lo vio justo al lado de donde había caído, así que se acercó a cogerlo, pero al llegar hasta él vio que tenía las correas para pasar el brazo rotas. Tenía que hacerse con otro, así que se acercó al más cercano de sus camaradas caídos, tras lo cual se agachó para coger su escudo.

-Lo siento, compañero –dijo en voz baja mientras separaba el escudo del brazo de su compañero- pero creo que me va a hacer más falta a mí.

Una vez en sus manos se lo abrazó. Ya era hora de buscar a alguien. Recordaba que había un bosque más allá de donde habían realizado la carga. Si la cosa había ido mal era probable que algunos de los suyos se hubieran refugiado allí. El problema era que con la bruma ya no lo veía, así que no tenía muy claro dónde estaba. Entonces le pareció oír un bramido más allá de lo que podía ver. Era probable que proviniera del bosque, así que fue en esa dirección.

Después de un rato caminando entre la niebla, bajo la lluvia y sobre los cadáveres que sembraban el que horas antes había sido un campo de batalla, Gruber vio una silueta moviéndose a lo lejos. La niebla no le permitía averiguar su naturaleza. Habría echado a correr, pero estaba demasiado cansado y dolorido, así que tuvo que conformarse con avanzar a paso lento y esperar hasta llegar a su objetivo. En poco más de un minuto se acercó lo suficiente a la silueta como para averiguar su identidad. Era una de esas criaturas mitad hombre, mitad bestia, la cual estaba rapiñando los cadáveres de la batalla. ¿Era posible que los servidores de los dioses oscuros hubieran ganado la batalla? Gruber tenía muchas dudas. No sabía cual había sido el resultado de la batalla, y el que esa bestia estuviera ahí podía significar perfectamente que los suyos habían

perdido y que ahora estaba solo en ese campo de muerte. Ahora lo único que podía hacer era despachar a esa criatura, lo cual iba a hacer gustosamente.

A pesar de estar dolorido decidió hacerle frente, con lo que empezó a avanzar hacia ella. Podría gritar para lanzarle un desafío o un insulto, pero el dolor hacía que esa fuera una opción poco apetecible, así que simplemente avanzaría hasta que la criatura advirtiese su presencia. No podía cogerla por sorpresa, puesto que el ruido de su armadura le delataría tarde o temprano. Cuando estaba a unos cinco metros la criatura se giró rápidamente alertada por el ruido. Gruber la miró fijamente a los ojos.

-Maldita criatura –dijo- No verás acabar este día.

La criatura cogió rápidamente sus armas, las cuales eran un hacha y un escudo, y se puso en pie frente a Gruber. Éste no tenía claro si la criatura había entendido sus palabras, pero poco importaba, puesto que iba a sufrirlas. Ahora erguida, era bastante alta y ancha de espaldas. Una gran cornamenta coronaba su cabeza. Era mitad hombre, mitad cabra, pero pronto no sería más que otro de los cadáveres que poblaban ese campo de muerte. No debía subestimar a la criatura, puesto que no era presa fácil. Entre eso y su estado no iba a ser asunto baladí. Sin demora desenvainó su espada antes de que le criatura se le echara encima y esperó pacientemente a que su oponente diera el primer paso. Éste, al ver que no se movía, se lanzó hacia él a la carrera. Gruber se puso en guardia y se preparó para la acometida de la criatura. Cuando estuvo ante él, el hombre bestia descargó su hacha sobre la cabeza del caballero, pero éste la detuvo con el escudo para, acto seguido, lanzar una estocada al vientre a la bestia, la cual fue detenida por el escudo de madera de la bestia. Ambos se separaron metro y medio, moviéndose poco a poco a un lado. La bestia tomó la iniciativa de nuevo, lanzándose de nuevo contra Gruber. Preparó su hacha para lanzar otro golpe y Gruber colocó su escudo en previsión del siguiente ataque. Entonces ésta golpeó con su escudo el de Gruber con fuerza, desequilibrándole para seguidamente lanzarle un golpe contra el costado. El hacha golpeó la coraza de acero de Gruber, haciendo resonar un fuerte ruido metálico. No llegó a penetrar la coraza, pero Gruber lo notó por todo el costado. Retrocedió unos pasos para poder recuperarse, pero la bestia se lanzó de nuevo contra él. No iba a dejarle tranquilo. La bestia lanzaba un golpe tras otro contra Gruber, y éste los detenía con el escudo. Lanzaba también golpes con la espada, pero para mantener a la criatura a raya. Necesitaba un respiro, pero no podía obtenerlo, así que se le ocurrió algo. La criatura lanzó entonces un golpe desde arriba, como Gruber lo necesitaba. Éste echó un pie hacia delante y se dejó caer para quedar con una rodilla hincada en el suelo a la vez que levantaba el escudo. Ahora la criatura estaba más al descubierto. El hacha cayó sobre el escudo y su espada fue directa hacia el vientre de la criatura, la cual trató de evitar echándose hacia atrás, pero unos cuantos centímetros de acero imperial atravesaron su piel y rasgaron sus entrañas. La bestia dio un bufido y retrocedió unos cuantos pasos. De la herida de su vientre manaba mucha sangre. Gruber empezó a andar hacia ella. Ya no parecía tan dispuesta, con lo que decidió tomar la iniciativa. La bestia se preparó para el que podía ser su último asalto y avanzó también hacia Gruber. Éste echó su espada hacia atrás por el lado contrario y lanzó un potente golpe lateral contra la cabeza del hombre cabra, el cual reaccionó e interpuso el escudo ante el golpe, pero no fue suficiente. La madera se astilló y la hoja de la espada se hundió en el cráneo de la criatura hasta llegar al ojo y reventárselo, tras lo cual la criatura se desplomó en el acto. Gruber no iba sobrado de fuerzas, con lo que la espada se le escapó de la mano cayendo junto al cadáver de la bestia.

No intentó recuperar su espada inmediatamente. Necesitaba recuperar fuerzas y el aliento, por lo que tomó sendas bocanadas de aire. Tenía que encontrar a alguien y salir de ese campo de muerte. Cuando se hubo recuperado agarró su espada por el pomo, pisó

Muerte en la bruma
Martín Cativiela Calvo

la cabeza de la criatura y tiró para sacarla, consiguiéndolo sin mucha dificultad. Le dio una sacudida para que saltara la sangre y luego la introdujo en su vaina. Era hora de ponerse en marcha... otra vez.

Después de lo que le pareció una eternidad caminando le pareció ver otra silueta recortada en la niebla. No quería tener que luchar otra vez. Estaba cansado y todavía le dolía el golpe del costado. Poco a poco la figura iba haciéndose más nítida. Debía de estar dirigiéndose hacia él. Finalmente pudo distinguir a un soldado imperial que se le acercaba, lo cual era todo un alivio.

-¡Al fin! –dijo el soldado en voz alta- Parece que aún queda alguien vivo entre tanto muerto.

-¡No grites! –replicó Gruber al soldado- ¡No somos los únicos que pululan por aquí!

-¡Lo siento, señor! –dijo el soldado esta vez en voz más baja.

-¿Has visto a alguien más?

-Sí señor. Contándome a mí estamos veinte espadachines de Nordland. A mí me ha tocado salir a buscar supervivientes. Menos mal que le he encontrado.

Su uniforme azul y amarillo, aunque algo raído, confirmaba su pertenencia al ejército de Nordland.

-¿Te ha mandado tu sargento? –preguntó Gruber.

-No señor, está muerto.

-Bien. Volvamos con el resto, no es bueno quedarse por aquí.

-Sí. Sígame.

Después de un pequeño recorrido ambos llegaron al bosque que había cerca y que Gruber buscaba. En el linde había un campamento improvisado bajo los árboles que daban a la llanura. Todos estaban resguardados bajo lonas que habían amarrado como podían a las ramas de los árboles. Algunos estaban cubiertos también con algo de lona y todos estaban algo apretados para aguantar el frío y la humedad, presentando un aspecto bastante desfavorable. Uno de ellos se levantó al llegar Gruber hasta ellos e hizo el saludo militar correspondiente.

-Saludos, *herr* caballero –dijo el soldado de Nordland- Nos alegra que quede alguien más vivo aparte de nosotros.

-Igualmente –respondió Gruber- ¿Qué es lo que ha ocurrido?

-¿Tampoco vos los sabéis?

-No. Quedé fuera de combate en medio de la batalla.

-Nosotros tampoco lo tenemos claro. Al poco de empezar la batalla empezó a caer una lluvia que poco a poco se hizo torrencial, y después comenzó a descender la bruma. Nosotros cargamos tras vosotros, pero después de unas horas, ya con la bruma, el campo de batalla se convirtió en un caos. Nuestro regimiento se quedó sólo en el campo de batalla y de entre la bruma no paraban de caer enemigos encima, tanto bárbaros del norte como hombres bestia de esos. Perdimos a nuestro destacamento de arcabuceros, pero nosotros logramos aguantar hasta que poco a poco los gritos se apagaron y los enemigos dejaron de aparecer. Nuestro sargento murió y al final sólo quedamos nosotros veinte. Y ahora aquí estamos.

-Veo que habéis aguantado como cencerros. Entonces por lo visto el resultado de la batalla ha sido incierto.

-Sí. Sabemos que hay una aldea al otro lado de este bosque. Pensábamos ir hacia allí. Es lo único que hay de civilización en millas.

Muerte en la bruma
Martín Cativiela Calvo

-Buena idea. Con un poco de suerte encontraremos a más de los nuestros allí. Ya no pintamos nada en este sitio. Bien, si no os importa, tomaré el mando.

-Será un honor –confirmó el soldado las palabras de Gruber, a la vez que los demás movían la cabeza en un gesto de afirmación- Por cierto, aún conservamos el estandarte.

-Bien.

Gruber meditó lo que harían durante unos instantes.

-Esto será lo que haremos –dijo cuando lo tuvo decidido- Descansaremos ahora y trataremos de dormir hasta mañana al alba, y entonces, sino antes, emprenderemos la marcha. Atravesaremos el bosque a paso ligero, todo lo rápido que podamos para llegar lo antes posible a la aldea. Este bosque seguramente estará infestado de esas criaturas, por lo que me gustaría que no tuviéramos que pasar más de una jornada en él. ¿Es posible?

-Sí. Si que lo es, pero tendremos que apretar la marcha si queremos conseguirlo.

-Bien. Entonces haréis guardias de dos. Vosotros decidís. Yo no puedo con el alma, así que buenas noches.

Gruber se recostó donde pudo en el campamento improvisado y confió su sueño y su vida a los soldados que ahora estaban bajo su mando.

-Señor ya ha llegado el alba –dijo uno de los soldados mientras zarandeaba a Gruber, el cual poco a poco fue tomando conciencia de su entrono.

-Bien –respondió en cuanto pudo- Desayunaremos algo ligero y nos pondremos en marcha. Despierta al resto.

Gruber se fue despejando y en cuanto pudo se puso en pie. Cuando se levantó vio que todos los soldados estaban de pie. La gente de Nordland era recia y sus soldados siempre estaban preparados. Todos desayunaron unos bollos duros como piedras y sin perder tiempo se pusieron en marcha.

-Marcharemos en fila de dos. Yo iré en cabeza. Plegad el estandarte, así no molestará por el bosque.

Dicho esto todos se pusieron en marcha sin dilación.

-Señor –dijo uno de los dos soldados que iban detrás de Gruber- Me ha parecido oír algo.

-¿En serio? –preguntó Gruber después de levantar la mano, indicando a los soldados que detuvieran la marcha- ¡Silencio! –dijo después sin levantar mucho la voz.

Ya llevaban varias horas de marcha. Todos se mantuvieron en silencio a la espera de oír algo. Finalmente oyeron un bramido en la lejanía, en la dirección de su marcha.

-Bestias. No deben de estar muy lejos –dijo Gruber mientras se giraba- Sigamos en silencio.

Todos asintieron, así que Gruber mandó reanudar la marcha.

Llevaban andando un cuarto de hora cuando empezaron a oír los sonidos que delataban la actividad de las bestias, por lo que todos avanzaron en el silencio más absoluto para no delatarse ante sus enemigos. Al poco rato, entre bosque, niebla y lluvia vislumbraron un claro y al acercarse más vieron una banda de hombres bestia comiendo y bebiendo alrededor de una hoguera.

-¡Señor! –dijo uno de los soldados que tenía detrás en voz baja- ¡Ahí están!

En efecto, ahí estaban. Gruber se adelantó todo lo que pudo sin llamar la atención de la banda y los soldados se acercaron haciendo el menor ruido posible. A pesar de la

mala visibilidad Gruber pudo contar sin problemas a sus enemigos, los cuales eran trece.

-Son menos, señor –dijo de nuevo el soldado- ¿Les atacamos ya?

-No –le replicó Gruber- vamos a rodearlos. El ruido de la lluvia ocultará nuestros movimientos y, cuando estemos todos listos, caeremos sobre ellos. Creo que podremos vernos todos, así que haré la señal desde aquí.

Poco a poco todos los soldados fueron rodeando el claro moviéndose ocultos por el sotobosque que lo circundaba. En unos minutos todos estuvieron en posición, preparados para salir. Gruber levantó la mano y miró a todos los soldados ocultos entre los matorrales y todos fueron asintiendo conforme les dirigía la mirada. Los hombres bestia no se habían percatado de su presencia aún. Cuando Gruber lo vio todo a punto bajó la mano en señal de ataque y comenzó a avanzar despacio mientras desenvainaba su espada. Todos le imitaron y fueron acercándose poco a poco.

Entonces una de las bestias se percató de su presencia, mirando directamente a Gruber, lo cual notó. Ya era hora de pasar a la acción.

-¡Por Sigmar! –gritó Gruber a pleno pulmón- ¡Por Myrmidia!

Tras este grito todos los soldados se lanzaron a la carga contra sus enemigos. Gruber se lanzó a por el hombre bestia que tenía más cerca. Éste se levantó todo lo rápido que pudo y trató de ponerse en guardia, pero antes de que pudiera estar preparado el caballero le lanzó un golpe horizontal a la cabeza, haciendo que el filo de su espada se hundiera en el cráneo de la criatura, matándola en el acto. Buena parte de las otras bestias tuvieron tiempo de ponerse en guardia, pero eran superadas en una proporción de dos a uno y estaban rodeadas. Ahora luchaban a la desesperada. Gruber se adelantó para atacar a la bestia que tenía delante, la cual estaba ocupada deteniendo las acometidas de uno de los espadachines, momento que aprovechó para lanzarle una estocada a su costado expuesto. El filo penetró en la carne de la criatura, la cual emitió un bramido de dolor, pero la constitución de ésta hizo que siguiera en pie. Retiró rápidamente la espada y se preparó para un posible contraataque. La bestia se giró y se lanzó a por él para devolverle el golpe, pero antes de que pudiera hacerlo el espadachín que estaba luchando contra ella le lanzó un tajo que le fue a la clavícula desde arriba con fuerza. Rompiendo hueso y rasgando carne la sangre comenzó a brotar a borbotones y la bestia cayó de rodillas al suelo para ser acto seguido decapitada por Gruber.

A los dos minutos todas las bestias estaban muertas. A los soldados se les veía satisfechos con el resultado.

-Vaya, parece que hemos perdido a dos –comentó Gruber.

-Si –dijo uno de los soldados- Mala suerte.

-Bien, sigamos. No quiero quedarme en este maldito bosque.

Acto seguido formaron y prosiguieron la marcha.

Al anoecer llegaron al linde del bosque, donde descansaron. Al día siguiente desayunaron unos de los pocos bollos duros que quedaban y reanudaron la marcha.

Después de dos horas de marcha apareció ante ellos su destino, el cual, debido a la lluvia y a la niebla, estaba ya a menos de una milla. Ya habían llegado a la aldea.

-Ya hemos llegado, caballeros –dijo Gruber mientras se giraba a los soldados- Al fin vamos a descansar.

Todos los soldados se alegraron y la satisfacción fue dibujándose en sus caras.

-Sigamos –ordenó Gruber, tras lo cual reanudaron la marcha.

Pero algo ocurría. Conforme se acercaban a la aldea al caballero se le iba haciendo un nudo en el estómago. Era como si allí hubiera algo de lo que debieran guardarse,

pero no podían detenerse, debían continuar. Poco a poco iba notando la falta de actividad en la aldea, lo cual no podía ser bueno.

-Estad alerta –ordenó en voz no muy alta- Algo no cuadra.

Ninguno de los soldados dijo nada. Ellos también debían de haberlo notado. En unos minutos llegaron a la aldea y vieron algo que les heló la sangre. Una fila de lanzas clavadas en el suelo ante ellos, cada una con una cabeza de caballero del sol llameante, con yelmo incluido, les daba la bienvenida a esa aldea fantasma. Gruber quería gritar con todas sus fuerzas, pero su instrucción la decía que no era la mejor idea, por lo que, aunque le carcomiera las entrañas, se aguantó las ganas. Tampoco ahora hablaron los soldados. No había nada que decir. Gruber se calmó y se limitó a suspirar, guardándose la furia, la cual seguramente pronto le haría falta. Ordenó seguir a la tropa y atravesando la fila de cabezas ensartadas se internaron en el pueblo. Al llegar a la plaza todos vieron la pila de cuerpos sin cabeza embutidos en las armaduras de los caballeros, con lo que siguieron hasta llegar a ella. Al llegar Gruber pudo ver bien los cuerpos de sus antiguos compañeros, entre los cuales destacaba la armadura de su maestro. En ella pudo ver la daga que tenía al cinto, la cual le había regalado el mismísimo emperador después de una gloriosa batalla. Siempre les había traído suerte, aunque por lo visto esa vez ni eso les había salvado. Gruber la desajustó del cinto de su maestro y se la colocó en el suyo. Con un poco de suerte a él también le traería algo de suerte. Iba a hacerle falta.

-¿Quién va a tener el privilegio de formar parte de los designios del Dios Cuervo? –preguntó en alto una voz poderosa.

Gruber y todos los soldados miraron alrededor buscando al autor de esas palabras. La niebla era ahora más densa y ya no se veían los confines de la plaza. Poco a poco fueron apareciendo de entre la niebla robustos hombres del norte, adoradores de los dioses oscuros hasta que, finalmente, apareció la figura del que debía de ser el autor. Era uno de los elegidos del Dios Cuervo. Una mole dos cabezas más alta que él, embutida en una gruesa armadura adornada con intrincados detalles del Dios de las maquinaciones. Gruber se percató de lo desesperado de su nueva situación, eran menos y estaban rodeados.

-¡Formad en círculo! –gritó mientras se colocaba lo más cerca posible del elegido.

Todos formaron un círculo, hombro con hombro y de cara al enemigo, quedando el portaestandarte en medio y desplegando éste el estandarte.

-¡Por Signar y Myrmidia que no profanareis nuestras tierras! –desafió al elegido de los dioses.

-¡Tu falso Dios no te protegerá! –gritó éste en respuesta- ¡Los designios de Tzeentch no pueden ser truncados!

El elegido y los bárbaros comenzaron a aproximarse al reducido grupo de Gruber. Todos echaron un último vistazo al estandarte de Nordland y rezaron sus oraciones. Con seguridad esa iba a ser última refriega. Los seguidores de los dioses oscuros cayeron sobre ellos, preparándose éstos para la acometida. El elegido lanzó un potente golpe de lado a Gruber, ante el cual pudo interponer fácilmente su escudo, pero la fuerza del impacto fue tal que le hizo retroceder. En cuanto recuperó la compostura pudo ver como su oponente le lanzaba una estocada al vientre, por lo que desvió su espada con la propia para acto seguido lanzarle un golpe con el escudo a la cara. El elegido perdió la compostura unos instantes, los cuales aprovechó para lanzarle un golpe desde arriba a la cabeza. Si acertaba, podría abrirle la cabeza o romperle el cuello, pero este se desplazó un poco hacia su izquierda y el golpe fue a dar en su hombrera decorada con cuernos, haciendo que se tambalara un poco, pero sin llegar a hacer nada serio. El elegido aprovechó su nueva posición para lanzar un golpe directo a la cadera de Gruber sin que éste pudiera evitarlo. La espada impactó con gran potencia y el choque emitió un fuerte

Muerte en la bruma
Martín Cativiela Calvo

ruido metálico a la vez que el metal se aboyaba. Gruber emitió un gemido y retrocedió unos pasos, tras lo cual se miró la zona dolida, la cual le dolía mucho en ese momento. Manaba sangre por los huecos de la armadura. El elegido comenzó a acercarse de nuevo.

-Esta aldea será tu tumba –dijo- Morirás sólo en la bruma.

Gruber decidió tener la iniciativa, así que tomó aire y se lanzó a por el elegido, dirigiéndole un golpe al brazo derecho. El elegido detuvo fácilmente el golpe, pero Gruber aún tenía más que decir. Seguidamente lanzó el brazo hacia atrás rápidamente a la vez que adelantaba el escudo para ocultar sus intenciones y acto seguido lanzó una estocada directa a la ranura de los ojos del yelmo de su oponente después de apartar el escudo. El ataque cogió desprevenido al elegido, el cual trató de interceptarlo con su escudo, pero la espada rebasó la altura de éste antes. Aun así logró desviar el golpe, el cual acertó igualmente en su yelmo, pero en vez de hundirse se desvió y le rompió un cuerno y le abrió una grieta. Parecía que había perdido la compostura, pero propinó un fuerte golpe a Gruber con su escudo y éste se vio obligado a retroceder. Seguidamente el elegido junto sus manos y rezó un verso blasfemo a su dios, tras lo cual unas llamas de color naranja comenzaron a brotar de su cuerpo para después envolverle. Gruber no veía nada bueno en eso. El elegido aprovechó que tenía a su derecha a uno de los espadachines de Nordland para lanzarle un tajo que le cercenó la mano. El pobre soldado fue a emitir un grito de dolor, pero antes de que pudiera hacerlo el elegido lo decapitó.

-Ahora es tu turno –dijo señalando a Gruber con la espada- Los designios de Tzeentch son inescrutables, amigo mío, y veo en ellos que tú no acabarás este día.

-¡Por Myrmidia que tú tampoco! –gritó Gruber mientras acometía contra su oponente.

Se lanzó a por el elegido lanzándole otra estocada directa al yelmo, pero esa vez el elegido la vio venir y apartó la espada con un golpe violento de su escudo. La violencia del golpe le arrebató a Gruber la espada de la mano. El elegido sin darle tiempo a reaccionar lanzó una estocada directa al cuerpo de Gruber, atravesándole de lado a lado y hundiendo la hoja hasta la empuñadura. Gruber gritó de dolor mientras su oponente retiraba poco a poco la espada de su cuerpo. Gruber fue a caer de rodillas al suelo, pero antes de que lo hiciera el elegido le agarró de una juntura de la armadura que tenía en el cuello y le alzó en el aire.

-Tus dioses son débiles –dijo en tono triunfante- Nadie escapa a la voluntad del Gran Transformador.

Gruber comenzó a tener cada vez más frío. Se estaba quedando sin fuerzas. Estaba acabado. Entonces se acordó de la daga que le había cogido a su maestro. Siempre había traído suerte, y Gruber pensaba cumplir sus últimas palabras. No tenía tiempo, así que sin pensárselo dos veces agarró rápidamente la daga de su cinto y, tal cual salía de su vaina, dirigió su hoja contra el cuello de ese maldito. El elegido no vio venir el golpe, así que la hoja entró por debajo de su yelmo y seguidamente comenzó a brotar sangre a raudales de la herida. Ahora sin fuerzas soltó a Gruber y éste cayó pesadamente al suelo. Acto seguido el elegido cayó a su lado.

-¿Qué he hecho mal, Tzeentch? –decía la voz del elegido ahogada en sangre- ¿Por qué me reservas tan ingrato destino?

-Porque no es un buen Dios –respondió Gruber a duras penas.

El elegido no respondió. Estaba muerto. Gruber empezaba a verlo todo más oscuro. Ahora tan sólo veía a los bárbaros agolpados en torno a él como buitres ante la carroña. Entonces oyó sonar los cuernos imperiales y vio a los bárbaros girarse ante los que serían sus ejecutores, pero después de eso sus ojos se cerraron para siempre.